



Semántica y compromiso ontológico 41

CÉSAR LORENZANO

Universidad Nacional de Tres de Febrero

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

La idea central de la semántica -y de la ontosemántica- es muy simple. Parte del principio de que ciertos elementos del lenguaje se encuentran en una relación de referencia con lo extralingüístico, y es a partir de la referencia de los términos como se determina el mobiliario del mundo.

De esta manera, basta fijar el universo del discurso científico -los elementos lingüísticos que emplea- para determinar qué entes pueblan -para la ciencia- el mundo. Cuáles son los compromisos ontológicos -en la terminología de Quine- que es necesario aceptar si se aceptan a las teorías científicas.

Voy a sostener que al hacerlo, se adoptan compromisos ontológicos adicionales, que en ocasiones no se encuentran explicitados, y que pueden resultar inaceptables.

El presente trabajo está destinado a mostrar esos compromisos no explícitos -o inadecuadamente explicitados-, la índole de su inaceptabilidad, y la propuesta de un esbozo de ontosemántica fisicalista, i.e. que acepta únicamente objetos espacio-temporalmente situados.

Palabras clave: Relación de referencia - concepción estructuralista - entidades abstractas - semántica - ontosemántica científica - compromisos ontológicos.

ABSTRACT

Semantics and Ontological Commitment

The central idea of semantics -and ontosemantics- is quite simple. It assumes that certain elements of language have a



Discusiones Filosóficas
Departamento de Filosofía
Universidad de Caldas
Nº 5 - 6 Enero - Diciembre de 2002

referential relationship with the extra linguistic, and that the world's furniture is determined by such terms' reference.

Accordingly, it suffices with a fixation of the universe of scientific discourse –the linguistic elements that it employs- to determine what entities inhabit the world – for science-, that is which are the ontological commitments –in Quine's terminology- that we have to accept if we accept scientific theories.

I shall hold that in so doing we accept additional ontological commitments that sometimes are not explicit and may turn out to be unacceptable.

This paper aims at showing those non explicit –or poorly explicit- commitments, the reasons for its unacceptability and a proposal for a sketch of a physicalist ontosemantics, i.e. one that only admits of spatio-temporally localized objects.

Key Words: Reference relationship – structuralist conception – abstract entities – semantics – scientific onto-semantics – ontological commitments.

La ontosemántica y sus compromisos ontológicos

Aparentemente, desde la ontosemántica -y desde la semántica, sin más- se dice, por ejemplo, que la palabra “mesa” que se escribe en este momento, se encuentra en una relación de significación –o de referencia- con la mesa en la que se escribe. Podemos mostrar esta relación mediante el siguiente esquema:

“Mesa” $\xrightarrow{\text{significa (se refiere a)}}$



La relación no puede ser más simple. Vemos, engañosamente, un diagrama en el que se muestra que una palabra escrita -o proferida- se relaciona con esta mesa, un objeto situado espacio-temporalmente. Sin embargo, no puede ser así. No puede decirse eso. No se dice eso. Aunque en un principio tiende a verse la relación de referencia como una relación semejante a las que se establecen en la mecánica newtoniana -pensemos en la controvertida relación a distancia que implica-, no se trata de ninguna relación espacio-temporal.

Si este fuera el caso, esta palabra “mesa” se relacionaría con esta mesa de una manera con la cual un semantista difícilmente estaría de acuerdo. Es sencillo ver que la única relación de esa índole que tiene la palabra “mesa” es con el papel en la que está escrita, y precisamente por este hecho. A su vez, si está en relación con la mesa, es simplemente porque el papel está apoyado en ella, y deja de estarlo si se lo mueve hacia una silla (con la que ahora entra en relación mediada –por el papel- la palabra “mesa”).

Es una relación aleatoria, casual, y no expresa el grado de necesidad de una relación de referencia. La “mesa”, entonces, se encuentra en relación con la mesa de una manera ideal -una relación abstracta-, o intencional. No está

muy claro que clase de relación es una relación abstracta, ni cómo puede explicar la relación de referencia, más allá de introducir la palabra que la califica como tal. En cuanto a que sea intencional, Frege se encuentra decidido, como es natural, a dotar de objetividad al conocimiento, por lo que esa intencionalidad no puede ser subjetiva, del sujeto. Una de sus demostraciones favoritas consiste en mostrar que cada uno de nosotros tenemos una imagen distinta de las cosas, por lo que el conocimiento empírico tendría que ser —si dependiera de esto, la imagen, que pertenece al sujeto— en su concepción, como conocimiento objetivo, imposible.

Lo objetivo de mesa es su *sentido*, su contenido informativo —en otra terminología—, y es esto lo que hace posible que pueda estar en relación con los objetos extralingüísticos. Tenemos, por otro lado, como posible salida al desafío de la relación de referencia, el sostener que esto es posible pues la palabra “mesa” es, en la terminología de Peirce (1965), un *token*, esto es, una manifestación física de algo que tiene en común con las anteriores menciones de la palabra “mesa”, a lo que denomina *type*, y que es, como se habrá supuesto, una entidad abstracta.

Un semantista lo que expresa cuando habla de una relación de referencia, es que “mesa” como entidad abstracta, se

encuentra en relación con la mesa física. Son los *types* los que se encuentran —en principio— en relación de significación con los objetos físicos. Los que son signos (símbolos) de ellos. Introducimos, de esta manera, la comprensión de que la semántica tiene un compromiso ontológico que excede al de aquellas cosas que nombran las palabras, el moblaje del mundo, y que consiste en un compromiso con los *types*.

La semántica fija un compromiso ontológico que excede a aquello que nombra, se compromete con entidades abstractas. No puede ser de otra manera, ya que los *token*, como vimos, no pueden relacionarse —de objeto a objeto— con el mobiliario del mundo. Sólo si pensamos en *types*, en objetos abstractos, puede darse esa relación, en la que un objeto abstracto se relaciona —refiere a— un objeto físico. De ahora en adelante, las entidades abstractas se multiplican, y terminan ahogando a la referencia, al brotar tan abundantes como las barbas de Platón. Por supuesto, el mismo argumento es válido para los enunciados: lo que refiere es la *proposición*, una entidad abstracta, formada por los términos abstractos —*types*—.

Sigamos adelante con nuestro análisis de los compromisos ontológicos de la semántica. Es probable que pensemos que los *types* hablan de esta mesa, y de aquella mesa. Después de todo, puede interpretarse que son la *extensión* de

los conceptos, aquellos objetos que caen bajo él –en la terminología de Frege-. En la versión más habitual de la semántica, esto no es así. El mismo término de *extensión* expresa que no nos encontramos ante simples objetos del mundo, sino ante una nueva entidad abstracta, ya que se trata de una entidad platonista en la que tienen cabida todas –para seguir con nuestro ejemplo- las mesas del mundo, las pasadas y las futuras.

El primer Popper (1973) vislumbra el problema, y expresa que un término universal es una hipótesis de un cierto comportamiento de los objetos del mundo, al igual que una ley científica, y no puede ser reducido a una –en sus palabras- *universalidad enumerativa*.

Si quisiéramos ahondar aún más en la estructura lingüística que preside a la semántica, al menos en alguna interpretación, tendríamos que sumar a esta relación entre una entidad abstracta –*type*- otra entidad abstracta, su *sentido* (Frege 1974a). (Una versión más económica puede hacer del *type* el *sentido* –objetivo- del *token*, pero no es sencillo eliminar la diferenciación entre *type* y *sentido*, y sostener al mismo tiempo que aquello que tienen en común “mesa” y “mesa” es un *type*, con el problema de determinar si el *type* de “mesa” es un signo abstracto del que ésta es una instancia, o se trata más bien de su contenido informativo, su *sentido*,

tal que “mesa” y “table” sean instancias del mismo *type*. Con esta argumentación se intenta diferenciar entre el problema de lo múltiple y lo único pensado en las múltiples instancias escritas o habladas de una misma palabra, o tomando en cuenta lo arbitrario de los signos, entre diferentes *formas* de aparición, que se ejemplifica para dar una imagen de lo que es una proposición, presentando un mismo contenido informativo en varios idiomas –un problema no resuelto, según Quine-).

No difiere la cuestión si nos referimos a la ontosemántica científica, ya que en su versión más aceptada, se piensa que las teorías científicas son entidades abstractas, siendo estas las que, como es natural, tienen con el mundo la relación de referencia. Sus dos polos, que vimos al principio como una relación de dos objetos físicos –palabra o enunciado y objetos del mundo extralingüístico-, se desdibuja para ser entre dos clases de entidades abstractas, aún cuando la segunda tenga –presuntamente- entre sus miembros elementos del mundo físico (*actual*, a la Lewis).

Como entre los términos de una teoría científica –y los que introduce la propia reconstrucción estructuralista de una teoría- se encuentran términos matemáticos, se reproduce ahora en éstos una situación similar a la de los

términos empíricos. Ahora son los términos matemáticos —números, estructuras, modelos, operadores, etcétera— los que no pueden ser su escritura (*token*), sino *types*, estructuras abstractas. Se repite la misma alternativa que con los términos empíricos: su referencia no son objetos físicos, sino objetos abstractos, y cabe preguntarse si la referencia del número “5” escrito es un objeto abstracto, o si 5 como *type* refiere a ese objeto abstracto que son los números (para el platonismo matemático). La respuesta puede ser más o menos ontológicamente económica, pero no más satisfactoria.

Sabemos además, que el término “teoría” no es parte natural del vocabulario científico, ni se encuentra distinguible como tal en los escritos de la ciencia, sino que pertenece a la filosofía de la ciencia, que la identifica mediante sus análisis, usualmente mediante una reconstrucción formal. Sean proposiciones —como en la versión heredada o estructuras conjuntistas— como en el estructuralismo—, las teorías son entidades abstractas, y desde ellas, como vimos, se señalan los compromisos ontológicos, se determina el mobiliado del mundo.

En el simple y seductor esquema de la relación de referencia que mostramos al principio, se tiende a ocultar otro compromiso ontológico más, y es el que guarda necesariamente con la no-

ción semántica de la verdad. Sólo si los enunciados son verdaderos —o si la teoría lo es— sus términos guardan una relación de referencia con el mundo. Sólo así se comprende el compromiso ontológico con los vocablos que denominan objetos y relaciones del mundo empírico (*actual*).

Semántica y concepción semántica de la verdad están estrechamente conectadas, formando un circuito de estipulaciones por el que se apoyan mutuamente, ya que la noción de referencia semántica de los vocablos significativos no puede apartarse fácilmente de la idea de que lo que se enuncia corresponde a lo que es (si es verdadero).

Por si hiciera falta enfatizar la dependencia de las concepciones semánticas de la postulación de entidades abstractas, recordemos que para Frege, una consecuencia natural —aunque insólita— de su teoría semántica es que la referencia de los enunciados son la Verdad y la Falsedad, puestas con mayúsculas, ya que se trata de entidades abstractas. Una vez analizadas de esta manera la semántica y la ontología que resulta de ella, presentaremos una serie de argumentos por los cuales pensamos que no son sostenibles. Como veremos, la postulación de entidades abstractas presenta problemas que se han mostrado insolubles desde el comienzo de la reflexión filosófica, y por añadidura, inhibe preguntas fértiles —científicas— de la relación entre el lenguaje y el mundo.

Los problemas de la postulación de entidades abstractas

La corriente realista -o platonista- que presentamos sostiene la existencia de entidades abstractas separadas tanto de los sujetos epistémicos como del mundo, y que no están situadas en el tiempo y en el espacio. Como advertimos, se trata de una afirmación metafísica -externa a un lenguaje determinado, en la caracterización de Carnap (1974)-, que se supone explicativa del conocimiento.

Esta corriente no es homogénea, y la envergadura del compromiso con entidades abstractas va desde su menor expresión, hasta la más abarcativa. Desde quienes piensan que sin un mínimo de platonismo, i.e. con la teoría de conjuntos, es imposible construir las matemáticas, a quienes duplican el mundo actual en el abstracto.

Es preciso, además, diferenciar entre entidades abstractas atemporales, con la interesante consecuencia de que todo el conocimiento preexiste a su descubrimiento por la investigación científica, ya que el número de proposiciones *abstractas* es infinito-, y todo lo que puede ser dicho se encuentra en ese conjunto infinito de proposiciones. "El infinito océano de las verdades permanece frente a nosotros, que podemos descubrir apenas un guijarro más o menos valioso", expresó

Newton, en ese tenor. O, más terrenalmente, pensar que las entidades abstractas son el resultado de la actividad cognoscitiva humana -y por lo tanto tienen historia-, como lo sostienen otros.

A quienes las postulan, nuestro artículo quizás se desenvuelva hasta el momento dentro de los límites de la caracterización de una posición. Sólo quienes compartimos una visión desencantada del mundo pensamos que la descripción contiene una refutación por el absurdo, y nos intriga la creencia -que respetamos- en estos seres cuasi espirituales, a los que vemos cercanos a los de la mitología -en cuyo contexto nacieron-, la fábula, o la religión. Inmediatamente, surgen preguntas adicionales: si existen, ¿cómo las conocemos? ¿qué relación tienen con las cosas terrenales que investigamos?

No es necesario insistir en las insatisfactorias -y a veces contradictorias- respuestas que elabora Platón para estas preguntas, y que llevaron a Aristóteles a pensar que las ideas no pueden estar separadas del mundo empírico. No es más satisfactoria la respuesta de Frege a la primera de las preguntas: las conocemos por *intelec-ción*, una facultad del intelecto humano. Sin avanzar demasiado en la cuestión, advertimos que pudiera ser intuitivamente aceptable -para algunos- en la lógica y las matemáticas. No

pareciera suceder lo mismo con los productos culturales, ni con el conocimiento fáctico, que depende demasiado de la materia de estudio, y de su compleja manipulación experimental: recordemos a Marie Curie trabajando largos meses sobre rocas, a fin de encontrar el radium que encierran en mínimas proporciones, y veremos lo lejos que está la investigación real de la simple intelección.

Cualquiera sea la índole de la respuesta, debiera explicar la manera en la que entidades que no son físicas interactúan con sistemas espacio-temporalmente situados, como el psiquismo humano -y demostrarlo empíricamente-. Una manera de eludirlo consiste en postular que el pensamiento humano, en cuanto tal no es físico, con lo que el problema simplemente se desplaza.

Se trata del pensamiento como entidad abstracta, de ellas mismas, no se especifica cómo es posible que sean producidas por un sistema físico, ni cómo, una vez transformadas en la herencia cultural de la humanidad, se accede a ellas, para quedar impresas en el psiquismo humano, y con casi seguridad, en su sistema neurofisiológico. (Llamarlo intelección sin más significa no calibrar adecuadamente el laborioso proceso de aprendizaje en el seno de comunidades epistémicas que realiza el ser humano). Además está decir que en estas cuestiones tendemos a ver

una reedición de las añejas relaciones entre el alma y el cuerpo.

Un argumento, que debo a Gregorio Klimovski, expresa que aún aceptando a las entidades abstractas, y nuestra -indemostrable- capacidad de conectarlos con ellas, nada garantiza que no padezcamos una suerte de daltonismo de esencias, de entidades abstractas, y que nuestra percepción de ellas se encuentre deformada (una variedad de la metáfora del fuego en la caverna de Platón), o sea radicalmente equívoca. Si este fuera el caso, su postulación pierde toda fuerza explicativa para la epistemología.

No quisiera insistir en la infinita multiplicación de entes que surge del platonismo - sus barbas-, y que condujo a Occam a blandir su navaja a fin de que no se multiplicaran sin necesidad (criterio de parsimonia ontológica). Si se acepta la doctrina platonista de las entidades abstractas, no puede razonablemente postularse sólo para la lógica, las matemáticas, y el conocimiento empírico. Se extiende sin que pueda evitarse a todos los objetos de la cultura, a los personajes literarios, quizás también los escenarios imaginarios y los reales descriptos en las obras. Incluso cada ser humano, cada ente individual puede devenir un ente abstracto en cuanto sea objeto de conocimiento de una comunidad epistémica dada.

Existe una explicación bizarra por parte de quienes sostienen entidades abstractas de la cultura, y es que una vez creadas ya no pertenecen al creador, sino que tienen vida propia. Lo cual es, metafóricamente, verdadero. Pero no es necesario ver en esto una improbable vida –y evolución- en un universo abstracto, sino que habla de la recreación que hacen los demás de una obra dada al interpretarla –un efecto del que no se separa el propio creador, quien aprende a conocerse en esa exteriorización suya, y a la que realiza con mecanismos y aspectos que no conoce en su totalidad, y en ocasiones, ni aproximativamente-. No quisiera abundar en su consideración, pero la creencia en estas entidades que no satisfacen los criterios fácticos de los entes de la ciencia –*metafísicos*, en sumanrequieren una considerable dosis de fe, de la que carecemos.

Unas bases ontológicas y epistemológicas alternativas

Una vez presentados los problemas derivados de la aceptación de entidades abstractas, presentaremos sintéticamente, a la manera de axiomas, las bases alternativas desde las cuales realizar análisis diferentes acerca de las cuestiones semánticas y ontosemánticas.

El primero expresa que no hay tal cosa como entidades abstractas. El segundo, que el conocimiento humano no

reside en ellas, sino únicamente en el psiquismo de los sujetos epistémicos y -parcialmente- en sus exteriorizaciones -escritos, objetos-, con las que lo comunica. El tercero, que este conocimiento deviene intersubjetivo merced a un proceso educativo común, en el que comunidades epistémicas autorizadas fijan los límites que deben tener las interpretaciones posibles del conocimiento transmitido de generación en generación. Así adquirimos la herencia cultural de la humanidad. En cuanto a su incremento, deviene intersubjetivo por un efecto de la circulación, corrección, ampliación y aceptación del mismo en el seno de comunidades epistémicas acotadas.

Un cuarto principio expresa que el conocimiento no es únicamente lingüístico, sino también perceptual y práctico. No será utilizado en los argumentos del presente artículo, sino en la fundamentación de una estructura pragmática de las teorías científicas.

Las palabras y las cosas

Desde esta perspectiva –que denominaremos *fisicalista* (Nagel 1965)- las cuestiones semánticas, y por lo tanto las cuestiones ontológicas que se derivan de ellas, se montan sobre un equívoco, consistente en afirmar que los *términos* –las palabras, los enunciados- refieren a los objetos extralingüísticos de los que se habla. Como vimos, esto no es así, y la postulación correctamen-

te expresada es que son las entidades abstractas las que poseen referencia. En cambio, si se sostiene que las expresiones lingüísticas son la exteriorización del conocimiento de los sujetos epistémicos, en este caso, es casi trivial sostener que es él quien relaciona esa mesa con la palabra “mesa” escrita anteriormente, y ahora reiterada –relacionando, además, ambos *token*.

La cuestión semántica pasa de ser una cuestión abstracta, a ser parte de una teoría del conocimiento que explique cómo el sujeto epistémico se relaciona con los objetos, entre ellos el lenguaje, y expresa de esta manera el conocimiento que posee. Se trata –entonces- de saber cómo el sujeto epistémico fija la referencia y no cómo las *palabras* refieren a las cosas, y esta referencia –que no es únicamente lingüística- es conocimiento de ellas.

Sin ahondar demasiado en el análisis, quizás este esbozo de epistemo-semántica no coincida con la *pragmática* del lenguaje tal como se la entiende usualmente, ya que desde ella tiende a pensarse a las palabras como un tercer factor *independiente* de los sujetos de la comunicación –reiterándose el equívoco que mencionamos al comienzo- al que éstos brindan exclusivamente el contexto de comprensión. Una de las conclusiones más sorprendentes de esta manera de pensar, es que de las consideraciones anteriores se sigue que

no hay tal cosa como EL LENGUAJE, nuevamente entendido como una entidad abstracta, situada por fuera de los sujetos parlantes e independiente de ellos.

Por supuesto, esto va a contramano de uno de los prejuicios más firmemente establecidos, y que suele anclarse en la distinción de de Saussure (1985 p. 28) entre “lengua” (*langue*) y “habla” (*parole*), en la que *lengua* “es la parte social del lenguaje, exterior al individuo, que por sí solo no puede crearla ni modificarla; sólo existe en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad”. “Habla”, por lo contrario, es el hecho individual de hablar.

Hacemos constar que para de Saussure –a los efectos de justificar su “objeto” de estudio, la lengua- lo social es externo al individuo. Desde nuestra perspectiva, esto no puede ser así. Lo social resulta de la interacción de los individuos, y no los excede en absoluto; contrariamente a lo que supone de de Saussure, un contrato no puede tener vigencia sin la aquiescencia de las partes –aún tácita, por aprendizaje, como sucede con el lenguaje-. En estas interacciones sociales, los individuos intervienen en la creación y modificación del lenguaje, si sus variantes son aceptadas por parte al menos de la comunidad de parlantes (un hecho del que somos constantes testigos). Por otra

parte, desde la epistemología actual, no es necesario buscar los “objetos de estudio” –un tópico común a la fundamentación estructuralista de la ciencia-. Y decididamente, la “lengua” no es un objeto. No lo es más que la “Mecánica clásica de partículas”, la “Anatomía Humana”, etcétera, etiquetas con las que designan teorías empíricas complejas.

Demás está decir que hay una distinción, pero la misma no es entre *habla* y *lengua*, entendida esta última como objeto a estudiar, sino entre el *habla* y la *teoría* acerca del *habla*; entre lo que dicen los parlantes, y la *teorización* a su respecto, a su *conocimiento*. (En esta reformulación de la tesis de de Saussure, en la que *lengua* alude al conocimiento teórico del *habla*, se respeta su teoría, mas no ontología). Quizás sea reiterativo el apuntar que este fenómeno proviene de las raíces del lenguaje, que tiende a otorgar categoría ontológica a aquello que nombra (Ryle la llama la teoría Fido-Fido, según la cual tendemos a aplicar a toda palabra el mismo criterio que aplicamos a la palabra Fido, con la que designamos a nuestro perro Fido).

Una ontosemántica para la ciencia

La enunciación habitual de los métodos ontosemánticos tal como se los practica desde la concepción estructu-

ralista, y que estipula que son los términos de una teoría científica los que determinan por su dedo semántico el moblaje de la porción del mundo al que se dirige, contiene algunos presupuestos que se necesario mencionar.

El primero de ellos radica en el hecho de que la mejor manera de aplicar la estrategia ontosemántica consiste en tomar como unidad de análisis no aquello que los científicos exponen en sus libros o artículos, sino su reconstrucción –estructural-. No puede ser de otra manera, ya que el término “teoría” no pertenece al ámbito de la ciencia, sino al de su elucidación conceptual. Según sea la epistemología espontánea de una rama dada de la ciencia, podrá hablar de leyes o teorías, o no hacerlo; pero incluso en aquellas en las que lo hace, puede no coincidir con lo que se entiende como tal desde la filosofía de la ciencia. Es por lo tanto, función del análisis filosófico determinar qué constituye una teoría.

La distinción entre ontología primaria (la de las teorías científicas), y ontología secundaria (la de la concepción estructural) que se hace en ocasiones tiende, así, a diluirse, ya que no hay manera de hacer ontosemántica sino es desde una teoría reconstruida.

El otro presupuesto que es central, y no periférico como el que expusimos, es que la estrategia ontosemántica se

aplica a la ciencia como *producto*, y no como *actividad productiva*. Si bien esto es cierto para prácticamente todas las corrientes epistemológicas, su olvido hace que *parezcan* acertadas las indicaciones ontosemánticas, cuando en rigor se trata una circularidad casi trivial.

El punto es el siguiente. La actividad científica determina –por una investigación efectivamente realizada– si los rasgos que se atribuye a una porción de mundo existen en él. Si hay microorganismos que provocan una determinada enfermedad febril –y por lo tanto se trata de una afección *infecciosa*–, no es únicamente un asunto de enunciación; tampoco lo es si un microorganismo determinado es el que la provoca. Sólo cuando las distintas maniobras de laboratorio lo certifican, se acepta la existencia de determinado microorganismo y se califica a un determinado proceso febril de enfermedad infecciosa.

No quisiera ahora internarme en el análisis de si esto establece un criterio de verdad para ambos tipos de enunciados –hipotéticos, en un principio–, que pueden sintetizarse diciendo que uno de ellos estipula que cierto estado de cosas es modelo de la teoría infecciosa de las enfermedades, y el otro cuál es el agente microbiano causal.

Lo único que quisiera remarcar es que son las distintas fases de la investiga-

ción científica, de las que no podemos separar los aspectos experimentales de manipulación de sus objetos de estudio, ni las percepciones estructuradas que permiten reconocerlos como tales, las que constituyen los criterios para su aceptación como entidades.

Ahora bien. Una vez que forman parte del conocimiento consagrado, fijadas en enunciados científicos legaliformes o en simples reportes de investigación, es cuando la ontosemántica puede actuar para revelarlos como entes. La ontosemántica sólo puede decir qué entes existen en el mundo después que la investigación científica lo indica.

Otra manera de decir lo mismo –como se expresa en algunos escritos de la concepción estructuralista (Jaramillo 2001)– es que la ontosemántica presupone que la teoría es verdadera. Pero como vimos, al establecerse su verdad (o su adecuación, si no compartimos un criterio semántico de verdad) ya se establecieron los entes que pueblan la teoría. Lo hizo la práctica científica, no la ontosemántica.

Completando a nuestros axiomas ontológicos y epistemológicos, agregaremos que saber qué entes pueblan el mundo es el resultado de la labor lingüística, práctica y perceptual sobre el mundo que realizan esos sujetos epistémicos que son los científicos. No es el lenguaje el que establece o consti-

tuye a los objetos del mundo; es una intensa actividad epistémica –no sólo individual- la que determina lo que hay en el mundo, y lo vuelca en el lenguaje.

Sólo si esto es así, si el descubrimiento de entes preexiste a su mención, iniciándose en ese momento un desarrollo en el que ya no podrán separarse, entonces cobra sentido la afirmación de que la ciencia descubre mundos nuevos, desconocidos para el conocimiento común, o para teorías anteriores.

Recordemos el descubrimiento del oxígeno, en el que primeramente hay evidencias empíricas de que algo nuevo hay allí –no aceptadas pese a todo por Priestley-, al que se nombra tiempo después como oxígeno. El proceso no termina en la simple etiqueta que lo bautiza, sino cuando se comprende su naturaleza, i.e. el sistema de relaciones en el que adquiere sentido pleno, al final de un largo proceso histórico en el que se construye una teoría acabada en la cual juega un rol constitutivo.

C. Ulises Moulines, que sabe de las consecuencias de hacer coincidir *exactamente* lo que *es* con lo que *se expresa*, mundo con el lenguaje, afirma (1982 p. 334): “A menos que adoptemos una posición idealista o constructivista extrema, que ni Frege ni yo estamos dispuestos a adoptar, parece plausible admitir que hay obje-

tos que no se encuentran en la relación de referencia con ninguna expresión lingüística. Puede ser que el lenguaje sea el “límite de mi mundo”, pero ciertamente no es el límite *del mundo*”.

Ese límite del lenguaje, por fuera del cual existen objetos del mundo que todavía pueden ser conocidos y nombrados, constituye una afirmación ontológica general que se aparta de las indicaciones ontosemánticas. En su lenguaje anterior al giro lingüístico, Hume (2000, p. 91), expresa, refiriéndose a la conjunción constante entre ideas e impresiones, y en coincidencia con nuestra posición de que el descubrimiento –práctico y perceptual- precede epistemológicamente a su enunciación: “Hallo por experiencia constante que las impresiones simples preceden siempre a sus correspondientes ideas. Para darle a un niño la idea de rojo o naranja, de dulce o amargo, le presento esos objetos o, en otras palabras, le hago tener esas impresiones, pero no procedo de manera tan absurda que me esfuerce en producir las impresiones excitando las ideas. Nuestras ideas no producen en su primera aparición impresiones que les correspondan, ni percibimos color alguno o sentimos una sensación simplemente por pensar en ello (antes de la experiencia).” Añade luego que (en el aprendizaje) hay una relación constante entre una impresión, y una idea, en la cual siempre la primera antecede a

la segunda, y por lo tanto puede decirse que la causa.

Corolario

Cuando se enuncia desde la semántica y la ontosemántica que el lenguaje se encuentra en una relación de referencia con entidades extralingüísticas, no se permite visualizar acabadamente que poseen como presupuesto, en su versión externa, que se trata de una relación abstracta entre un polo lingüístico abstracto y su extensión entendida asimismo como entidad abstracta.

En el curso de nuestra argumentación, mostramos los problemas que presenta la postulación de entidades abstractas. Quizás el más importante de ellos -no mencionado anteriormente-, es que por presentarse como una teoría completa del conocimiento y del mundo, inhiben preguntas fértiles -científicas- acerca de las relaciones entre conocimiento, lenguaje y mundo, abordadas desde las neurociencias, la psicología, la informática y una epistemología naturalizada. En este sentido, como las demás posiciones idealistas, devienen antiempíricas, y por ende, anticientíficas.

Presentamos a continuación los principios fisicalistas a partir de los cuales analizar la semántica general, y la ontosemántica científica. Mostramos la necesidad de introducir en la primera al sujeto epistémico como aquel que

utilizar el lenguaje para referirse al mundo de objetos que no son él mismo, entendiéndolo como miembro de una comunidad epistémica que forja el conocimiento, tornándolo intersubjetivo.

Mencionamos dos presupuestos de la ontosemántica científica tal como la presenta la concepción estructuralista. El primero de ellos, se refiere a que la estrategia semántica se ejerce una vez formalizada la teoría a la manera estructuralista. El segundo -escasamente mencionado-, es que la semántica señala los objetos de los que habla de teoría -algo trivial- y otorga visibilidad a su existencia -ontosemántica- sólo si la teoría es considerada verdadera; esto significa que, circularmente, se afirma -ontosemánticamente- que algo existe sólo después de que esto fue constatado por la investigación científica.

Si bien este artículo presenta un análisis y una crítica de la atribución de existencia a partir de la semántica, luego de presentar unos principios que guían -parcialmente- esa crítica, se reconoce que no avanza, a partir de ellos en la solución de los problemas que detecta. Están en la base de un extenso programa de investigación algunos de cuyos resultados fueron presentados recientemente (Lorenzano, 2001) y que no se expondrán en el presente artículo. En él existen únicamente entes físi-

cos -i.e, espaciotemporalmente situados-. En lo que hace al conocimiento científico –aunque puede extenderse a otros sistemas culturales–, comprenden:

- i *sistemas sociales* específicos, integrados por
- ii *sujetos epistémicos* portadores de determinadas

iii *estructuras disposicionales* que poseen *correlato neurofisiológico escritos* con los cuales los sujetos epistémicos hace intersubjetivas a sus disposiciones epistémicas, *sistemas físicos* a los que se dirige el conocimiento, entre los cuales que se incluye a los *objetos tecnológicos*.

Pero esta es ya otra historia.

REFERENCIAS

ARMSTRONG, David M. *Los universales y el realismo científico*. México: UNAM, 1989.

CARNAP, Rudolf. *Empirismo, semántica y ontología*. En: Mugerza J. (ed.) 1974; pp. 400-420)

DE SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. México: Planeta-De Agostini, 1985.

DUMMET, M. *Frege. Philosophy of Language*, Londres, 1973.

FALGUERA, José Luis *Inconmensurabilidad y ontosemántica representacional*, en: *Teoría*, 13/1: 1998; 161-185.

FALGUERAS, C. Y MARTÍNEZ (eds.). *Teorías formales y teorías empíricas*, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 2001, pp.623-637.

FREGE, Gottlob. *Sobre concepto y objeto*. En: *Escritos lógico-semánticos*. Madrid: Tecnos, 1974a.

_____. *El pensamiento, una investigación lógica*". en *Escritos lógico-semánticos*, Madrid: Tecnos, 1974b.

GOODMAN, N Y QUINE, W.V. *Towards a constructive nominalism*. En: *Journal of Symbolic Logic*, 12, 1947.

HUME, David. *Tratado de la naturaleza humana*. Barcelona: Folio, 2000.

JARAMILLO URIBE, Juan Manuel *¿Es la ciencia una rama de la literatura fantástica? Pretexto para una reflexión sobre el realismo*, Cuadernos filosófico-literarios N°12. Manizales: Departamento de Filosofía-Universidad de Caldas (Colombia), 2001.

KLIMOVSKI, Gregorio. *Comunicación personal*, 1973.

LORENZANO, César. *Teorías científicas, ontología y lenguaje*. En: J.M. Sagüillo, J. L., 2001.

MOULINES, C. Ulises. *Exploraciones metacientíficas*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

_____. *Pluralidad y recursión*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

NAGEL, Thomas (1965) "Physicalism", en *Philosophical Review*, Vol. LXXIV, No. 3

PEIRCE, Charles S. 1966 "Letters to Lady Welby", 31 Jan 1909, pag. 406 en: Philip P. Wiener (ed.). *Charles S. Peirce: Selected Writings (Values in a Universe of Chance)*, Dover, New York, NY, 1966.

POPPER, Karl. *Epistemología sin sujeto cognoscente*. En: *Conocimiento Objetivo*, Madrid: Tecnos, 1974.

_____. *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1973.

SIMPSON, T.M. (ed.) *Semántica filosófica: problemas y discusiones*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1980.